

VIRGINIA WOOLF

CUENTOS ESCOGIDOS

SELECCIÓN Y PRÓLOGO DE
MENCHU GUTIÉRREZ

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS DE
AMELIA PÉREZ DE VILLAR

f

2022
FIRMAMENTO

EL DIARIO DE LA SEÑORA JOAN MARTYN

Tal vez mis lectores no sepan quién soy. Por ese motivo, y aunque tal práctica no es ni usual ni natural —ya sabemos lo modestos que son los escritores—, no dudaré en explicarles que soy la señorita Rosamond Merri-dew, de cuarenta y cinco años de edad —mi franqueza no flaquea—, y he adquirido gran fama en la profesión por las investigaciones que he llevado a cabo sobre el sistema de propiedad de la tierra en la Inglaterra medieval. Berlín conoce mi nombre. Fráncfort bien podría organizar una velada en mi honor. Y tampoco soy del todo desconocida en un par de seminarios de Oxford y Cambridge. Quizás se entenderá mi caso de forma más convincente, ya que la naturaleza humana es lo que es, si declaro que he cambiado marido, familia y una casa en la que podría envejecer por unos cuantos fragmentos de pergamino amarillo que poca gente puede leer y menos aún decidiría hacerlo si pudiera. Sin embargo, del mismo modo que una madre —según he leído alguna que otra vez, y no sin asombro, en la literatura de mis congéneres— quiere especialmente al más feo y estúpido de su prole, ha brotado en mi pecho una especie de sentimiento maternal por estos gnomos diminutos, marchitos y sin color, y en la vida real los veo como tullidos de expresión gruñona, pero aun así percibo en

sus ojos la llama de la genialidad. No voy a explicar esta frase: no tendría más probabilidades de acertar que esa misma madre con la que yo me comparo tratando de convencer a todos de que su tullido es, en realidad, un niño precioso, mucho mejor que sus hermanos.

En cualquier caso, mis investigaciones me han convertido en una especie de buhonero, salvo en una cosa: que mi costumbre es comprar, y no vender. Me presento en las viviendas de las viejas granjas, en casas solariegas en plena decadencia, parroquias o sacristías, y siempre hago la misma pregunta: «¿Tienen ustedes algún papel antiguo que mostrarme?». Como pueden imaginar, los días de abundancia han pasado a mejor vida para este tipo de ocupación; la antigüedad se ha convertido en el valor que mejor se vende; y además, con sus comisiones, el Estado ha puesto fin a toda iniciativa individual. Algún funcionario, suelen decirme, ha prometido acercarse a inspeccionar sus documentos; y el favor del Estado, que tal promesa lleva consigo, arranca a mi pobre voz solitaria toda su capacidad de persuasión.

Con todo, no puedo quejarme: si echo la vista atrás como sé que puedo hacerlo, veo algunos trofeos excelentes que podrían ser de gran interés para los historiadores, y otros que resultan tan esclarecedores a pesar de ser tan poco habituales y tan insignificantes que me complacen aún más. Una luz que cae de súbito sobre las piernas de Dame Elizabeth Partridge envía sus rayos por todo el estado de Inglaterra y llega hasta el Rey, que está en su trono. ¡Necesitaba unas medias! Ninguna otra necesidad os impresionará tanto como la realidad de unas piernas medievales y, por ende, la realidad de los cuerpos

medievales y, si continuamos la secuencia ascendente, la realidad de los cerebros medievales. Y ahí es donde nos encontramos de pronto: en el centro de todas las edades: media, temprana o tardía. Y esto me lleva a confesar otra de mis virtudes. Mis investigaciones del sistema de propiedad de la tierra durante los siglos XIII, XIV y XV han doblado su valor, o así me lo aseguran, gracias al destacado don que tengo para presentarlos en relación con la vida de la época. Siempre he tenido en cuenta que lo más intrincado de la propiedad de la tierra no fueron hechos fundamentales en la vida de hombres, mujeres y niños; a veces he tenido la osadía de sugerir que las sutilezas con las que nos gusta deleitarnos eran una prueba de la negligencia de nuestros antepasados, más que de su sorprendente meticulosidad. Porque —sí, tengo la osadía de insistir en esto— ¿quién, estando en su sano juicio, habría malgastado su tiempo en complicar las leyes solo para beneficiar a un puñado de anticuarios que nacerían cinco siglos después de su entierro?

No vamos a discutir aquí ese tema por cuya causa he dado y recibido tantos golpes sagaces; me limitaré a introducir la cuestión simplemente para explicar por qué he llevado a cabo todas las pesquisas secundarias sobre ciertas escenas de la vida familiar que incluyo en mis textos; como si fueran la flor de tanta raíz intrincada, la chispa que surge de tanto rascar el pedernal.

Si leen ustedes mi obra titulada *Los pergaminos del señorío* se sentirán complacidos o molestos, según su carácter, por algunas digresiones que encontrarán en ella.

No me han dolido prendas a la hora de consagrar muchas páginas impresas a mostrar, de un modo tan vívido

como si de una pintura se tratara, algunas escenas de la vida de la época. Y aquí es donde llamo a la puerta del siervo, y lo encuentro asando los conejos que ha cobrado como cazador furtivo; les mostraré al amo de la hacienda, que parte de viaje o llama a sus perros para ir a dar un paseo por las tierras o que, sentado en la silla de respaldo alto, dibuja laboriosas figuras en un pedazo de brillante pergamino. En otra habitación os mostraré a Dame Elinor, ocupada en su labor de aguja; sentada en un taburete junto a ella está su hija, también cosiendo, pero con menos empeño. «Criatura, va a llegar tu esposo antes de que tengas lista la ropa de casa», le reprueba su madre.

¡Ah! Pero para leer esto como es debido tendrán que estudiarse mi libro... Los críticos siempre me han amenazado con dos palos; por un lado me dicen que todas esas digresiones están muy bien para una historia de la época, pero no tienen nada que ver con el sistema medieval de propiedad de tierras; por otro aducen que no hay ningún material que avale esas palabras y las convierta en algo parecido a una semblanza de la verdad. Es bien sabido que el período que he escogido está menos provisto de crónicas no oficiales que cualquier otro de la historia, y a menos que uno decida extraer toda la inspiración de las célebres *Paston Letters* ha de conformarse con imaginar, como le sucede a cualquiera que intente contar una historia. Y eso, se me ha dicho, es un arte muy útil en su terreno, pero no debería permitirse relacionarlo con ese otro arte, más riguroso, del historiador. Sin embargo, también en este caso me asomo a la famosa tesis que en una ocasión desarrollé con tanto celo en *The Historian's Quarterly*. Tenemos que abrir

camino con nuestra introducción, o algún lector caprichoso puede deshacerse del libro y declarar que ya no lo necesita porque domina su contenido. ¡Ah, la historia de siempre! ¡Las disputas entre anticuarios! Permítanme que trace aquí una línea para zanjar de una vez por todas el asunto de lo que está bien y lo que no, lo que es realidad o es ficción.

Hace dos años, una mañana de junio, iba yo por la carretera de Thetford, de Norwich a East Harling. Había tomado parte en no sé qué expedición para recuperar unos documentos que, estaba convencida, yacían enterrados entre las ruinas de la abadía de Caister. Fue como buscar una aguja en un pajar. Si destináramos una décima parte de las sumas de dinero que gastamos anualmente en excavaciones en ciudades griegas en excavar nuestras propias ruinas, ¡qué relato tan distinto contarían los historiadores!

Ese era el tema de mis meditaciones; pero mi ojo de arqueóloga se mantenía siempre despierto, atento al paisaje que recorríamos. Y espoleada por uno de sus mensajes telegráficos, di un respingo en el carruaje y pedí al cochero que girara abruptamente a la izquierda. Pasamos por una avenida corriente, bordeada de viejos olmos; pero lo que captó mi atención fue una escena de pequeño tamaño, cuadrada y enmarcada delicadamente por los matorrales verdes del fondo, donde habían dibujado un portón antiguo tallado sobre la piedra blanca.

Según nos íbamos acercando resultó que el portón estaba rodeado por un muro de yeso, largo y de poca altura, de color marrónáceo; encima del muro, a escasa distancia, había un tejado de tejas rojizas, hasta que tuve frente

a mí la casita completa: digna, construida en forma de letra E, con la línea del centro algo desgastado.

Era una de esas casitas humildes de entonces, llamadas solariegas, que había sobrevivido casi intacta y prácticamente desconocida por los siglos de los siglos, pues son demasiado insignificantes para derribarlas o reconstruirlas, y sus dueños demasiado pobres para ser ambiciosos. Y los descendientes del constructor siguen viviendo en ellas, haciendo gala de una curiosa inconsciencia sobre lo especial del lugar que les ha permitido llegar a formar parte de él, igual que la espigada chimenea que se ha puesto negra con el humo de generaciones de cocineros. Naturalmente, preferirían tener una casa mayor, y dudo que se pensarán dos veces la cuestión de venderla si les hicieran una buena oferta. Pero ese es el espíritu natural, desinteresado, que en cierto modo sirve como prueba de la autenticidad de todo el asunto. Uno no puede ponerse sentimental con una casa en la que ha vivido durante quinientos años. Es el tipo de sitio, pensé yo cuando me detuve ante la puerta, a punto de tocar el llamador, donde los propietarios guardan exquisitos pergaminos y los venden sin más al primer buhonero que se presenta, igual que venden bazofia para los cerdos, o la leña del bosque que rodea la casa. Mi punto de vista es, a fin de cuentas, el de una excéntrica patológica, y estas gentes son de naturaleza auténtica y sana. ¿Acaso no saben escribir?, me dirán, o: ¿Qué valor tienen las cartas viejas? Yo siempre quemó las más, o las uso para tapar los tarros de confitura.

Abrió por fin una doncella, que me miró pensativa, como si quisiera recordar mi cara y profesión. «¿Quién

vive aquí?», le pregunté. «El señor Martyn», respondió jadeando, como si hubiera preguntado yo el nombre del rey de Inglaterra. «Oh, ¿hay una señora Martyn? Y de ser así, ¿se encuentra en casa? ¿Podría verla?». La joven me indicó con un gesto que la siguiera y me condujo en silencio hasta una persona que, cabía esperar, asumiría la responsabilidad de responder a mis extrañas preguntas.

Me condujeron por un enorme vestíbulo, panelado con madera de roble, hasta una sala más pequeña en la que una mujer de tez rosada más o menos de mi edad estaba cosiendo a máquina un par de pantalones. Parecía el ama de llaves, pero según me susurró la doncella era la señora Martyn.

Se levantó con un gesto que indicaba que ella no era de ese tipo de señoras que reciben visitas por la mañana, pero sí la persona de autoridad, la señora de la casa. Y tenía derecho a saber qué me había llevado hasta allí.

En el oficio del anticuario hay unas reglas de juego, la primera y más simple de las cuales es que uno no debe revelar su objetivo en el primer encuentro... Pasaba por aquí... Y me he tomado la libertad... —tengo que confesarle que soy una gran amante de lo pintoresco— de llamar a la puerta para ver si se me permitía ver la casa... Me parece una muestra especialmente delicada...

—Permítame preguntar si desea usted alquilarla —dijo la señora Martyn, que hablaba con un agradable deje de dialecto.

—¿Alquila habitaciones? —pregunté.

—Ah, no —replicó con decisión la señora Martyn—. Nunca hemos alquilado habitaciones, pero sí pensé que tal vez deseara usted alquilar la casa entera.